

QUINTA CARTA PASTORAL

QUE EL ILLMO. SR. DR.

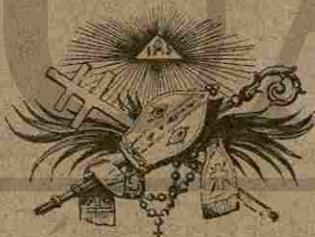
DON RAMON IBARRA Y GONZALEZ

DIRIGE

AL CLERO Y FIELES DE LA DIOCESIS DE CHILAPA,

DEMOSTRANDO

que la "Iglesia es la verdadera civilizadora de las Naciones."



BX874

.I2

Q5

c.1

PUEBLA.

IMPRESA DEL COLEGIO PÍO DE ARTES.

*Boredas de la Compañía mcm. 8.*

1891.

5101

BX874

.I2

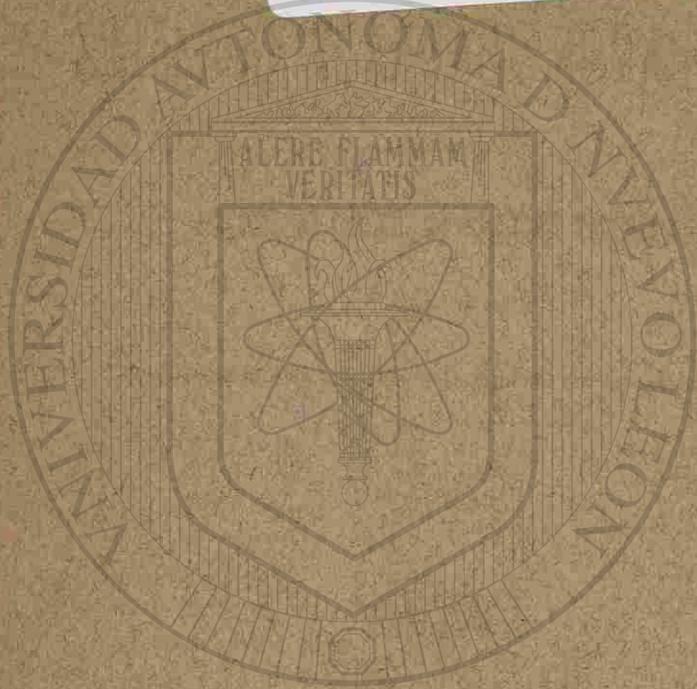
Q5

c.1

5101



1080027615



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

# QUINTA CARTA PASTORAL

QUE EL ILLMO. SE. DR.

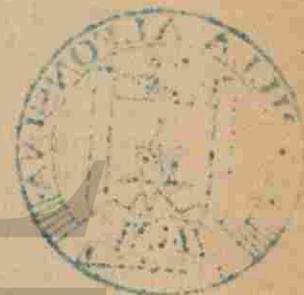
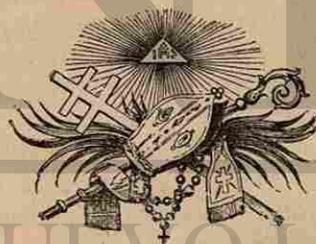
## DON RAMON IBARRA Y GONZALEZ

DIRIJE

AL CLERO Y FIELES DE LA DIOCESIS DE CHILAPA,

DEMOSTRANDO

que la "Iglesia es la verdadera civilizadora de las Naciones."



FONDO EMERITICO  
VAL VERDE Y TELLEZ

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
Biblioteca Valverde y Tellez  
PUEBLA.

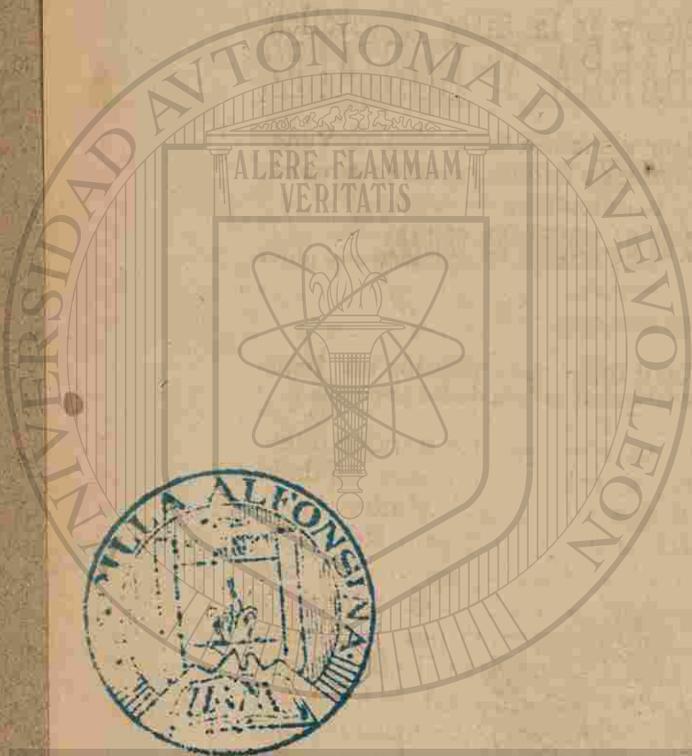


IMPRESA DEL COLEGIO PIO DE ARTES.  
Bóvedas de la Compañía núm 8.  
1891.

Capilla Alfonsina  
Biblioteca Universitaria

42249

6X874  
-J2  
05



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

DIRECCIÓN GENERAL DE B

**NOS EL DR. D. RAMON IBARRA Y GONZALEZ,**  
por la gracia de Dios y de la Silla Apostólica,  
Obispo de Chilapa.

A Nuestro M. I. Provisor y Vicario General, á los Venerables Párrocos y Eclesiásticos y á todos los fieles de nuestra Diócesis, salud, paz y bendición en el Señor.

Venerunt autem mihi omnia bona pariter  
cum illa.

(Sap. 7. v. 11.)

Venerables Hermanos é hijos muy amados en Jesucristo:

Uno de los principales deberes que nos impone nuestro cargo pastoral, es el de velar con sumo cuidado por la honra y gloria de Nuestra Santa Madre la Iglesia. Esta Hija del cielo á quien el Santo Rey David (1) contemplara al través de los siglos vestida con un hermoso ropaje de oro y ataviada con admirable variedad de encantos, fué enriquecida por Jesucristo con tal abundancia de bienes y tesoros celestiales, que el hombre, devorado por la insaciable sed de felicidad, no puede encontrar en la tierra otra Institución que satisfaga como Ella de una manera más noble sus aspiraciones y deseos, y bajo cuya sombra descansa con dulce reposo la inquieta llama del génio. Pero es tanta nuestra miseria y tan poderoso el influjo de las pasiones, que no obstante de estar rodeados por doquiera con la luz de su celestial doctrina, presentárenos en todas partes los monumentos de sus beneficios y descubrirse en todas las instituciones humanas, y aun en las mismas ciencias y artes, la huella luminosa de su bienhechora influencia que las hizo entrar por la senda

(1) Ps. 44, v. 10.

005101

de la verdadera civilización, sin embargo, no cesa de oírse la voz de la impiedad que, envidiosa de tanto bien, se esfuerza con rábida por eclipsar las glorias de la Iglesia, haciéndola aparecer como enemiga de la civilización y del progreso. A este fin, además de tergiversar maliciosamente la historia de ciertos acontecimientos, ha ido á buscar en todas las ciencias armas formidables para atacar el Cristianismo. Estas vanas pretensiones se avivaron en gran manera en el siglo pasado. A la voz de la impiedad se conjuraron todas las ciencias contra la Iglesia, creyendo en vano vencerla de falsedad. Cuanto más vivos fueron los ataques de los enemigos, mayor fué la aplicación de los defensores, y por ambas partes tomaron las ciencias un desarrollo maravilloso que sin esto no hubieran tenido. Pero ¡cosa admirable! Se vió entonces, dice el P. Félix, [1] á todas las ciencias llamadas por el libre pensamiento para insultar y maldecir á la Religión, principiar de pronto, como Balaam, á glorificarla y bendecirla: se vió á la Historia arrojar cada vez más luz en los orígenes del Cristianismo; se vió á la Geología relatar la creación de Moisés; se vió á la Cronología confirmar nuestras épocas bíblicas, y se vió á la Lingüística, la Fisiología y la Etnografía atestiguar con nosotros la unidad de nuestra raza y la fraternidad de nuestra sangre. . . . y lo que hemos visto ya, seguiremos viéndolo cada vez más. Bajo el choque de la libre discusión, y bajo la libre irradiación de la ciencia, se verá á la vida católica salir más brillante y más fuerte del crisol científico donde perecen las religiones humanas, y decir á sus hijos aterrados con la ciencia impía: "No temais la discusión, ni os dé miedo la ciencia; la discusión me consolida y la ciencia me demuestra porque soy la verdad."

No es nuestro objeto, venerables hermanos é hijos muy amados en Jesucristo, vindicar en esta Carta Pastoral á Nuestra Santa Religión de todas las calum-

(1) Discurso sobre los tres estados de la vida católica.

nias que la impiedad ha vomitado contra ella. En cualquiera obra de controversia moderna se hallan victoriosamente refutadas. Sólo queremos rechazar un insulto que por desgracia se repite diariamente por los impíos y les sirve de lazo infernal para seducir á los incautos. Este insulto consiste en querer presentar á la Iglesia Católica en pleno siglo XIX como enemiga de la civilización y del progreso, cuando, al contrario, todo nos impulsa á proclamarla como la verdadera civilizadora de las Naciones.

Y á la verdad, ¿qué se entiende, ante todo, por civilización? Es esta una palabra por sí misma vaga y que los mismos que la emplean en contra del Cristianismo se cuidan poco de definirla. Para los partidarios de lo que se ha convenido en llamar ideas modernas, dice oportunamente el Abate Cauly, (1) la palabra civilización ha venido á ser como un estandarte bajo cuya sombra se atacan las más santas instituciones y se abre paso á los más deplorables excesos. Si se quiere coartar la libertad de la Iglesia y de los ministros sagrados, disminuir su saludable influencia, cerrar los templos y abrir lugares para el vicio, se hace en nombre de la civilización, y á esto se le llama progreso. En nombre de esta misma civilización, se proclama la libertad más amplia para los teatros, la prensa y las reuniones públicas; se multiplican los goces en perjuicio de la pura y sana moral, y con tal de que la sociedad prospere en adelantos materiales, se le llamará á todo esto progreso. Ahora bien; la Iglesia no lo entiende así. Enemiga del vicio y de la barbarie, condena y reprueba todo lo que nos conduce á ello. El movimiento y perfeccionamiento social que no se ocupa más que del bienestar material, que quita el freno á las pasiones y les proporciona goces con detrimento de las costumbres y de la salvación del alma, no es á los ojos de la Iglesia más que un progreso fingido á quien llama falsa civilización. Por el contrario, llama civilización verda-

(1) Apologetique chretienne, pág. 427.

dera al perfeccionamiento más ó menos avanzado de la sociedad humana en el orden intelectual, moral y material con la debida subordinación entre sí.

En efecto, la naturaleza humana, que es el sujeto que se perfecciona por la civilización, se compone de alma y cuerpo, y así como el cuerpo está subordinado al alma como la parte más noble del hombre, de la misma manera en la civilización, el elemento material debe estar subordinado al elemento intelectual y moral, que son como el alma de la sociedad. Si esta subordinación existe, producirá el verdadero bienestar de los individuos y de los pueblos para el tiempo y para la eternidad. Si, por el contrario, predomina el elemento material, dará por resultado el lujo, el sensualismo, el espíritu de desorden y de revolución, y la preponderancia de esta civilización material sobre la civilización intelectual y moral destruirá los verdaderos intereses y el verdadero bienestar de los particulares y de las naciones. De aquí se infiere que, según la doctrina de la Iglesia, para que la civilización sea verdadera, eficaz y completa, deberá contener estos tres elementos: 1º el progreso intelectual por medio de la verdad, las ciencias y las artes: 2º el progreso moral, por medio de la virtud, las buenas costumbres y la subordinación de los súbditos á la autoridad: 3º el progreso material, por medio de un bienestar racional y por el mejoramiento de las condiciones físicas de la humanidad regulado por las condiciones mismas de nuestra naturaleza.

Sentados estos principios, hagamos ahora comparecer ante el tribunal severo de la razón á la impiedad y á la civilización europea de que tanto se gloria nuestro siglo y preguntémosle á ésta: ¿á quién debes en realidad el maravilloso progreso de tus ciencias, los sentimientos nobilísimos de virtud, que circulan por las venas de la sociedad, los atractivos y belleza de tus artes, y ese fondo inmensurable de bienestar que respiran todas las clases de la humanidad doliente por el alivio de sus penas y miserias? Y escuchámos á la civi-

lización que, sirviéndose de los lábios del Patriarca de la misma impiedad, nos dice con acento firme y resuelto: “Yo debo todo lo que soy á la Santa Sede, esto es á la Iglesia Católica.” Y de acuerdo con esta preciosa confesión de Voltaire (1) escucháremos otra voz, la voz imparcial de un ilustre protestante, M. Guizot, quien en una de sus obras nos hace ver igualmente á la civilización europea surgiendo del seno del Cristianismo y debiéndole sus más vitales instituciones. “Entre las causas de nuestra civilización, dice el autor citado, (2) hay una que se presenta á todos los espíritus, y ésta no es otra que la Iglesia Cristiana. Entre los cristianos de aquella época, entre el clero habia hombres que habian meditado profundamente sobre todo y habian dilucidado todas las cuestiones morales y políticas; que sobre todas las cosas tenian opiniones fijas y sentimientos enérgicos acompañados de un vivo deseo de propagarlas y de hacerlas reinar. No ha hecho jamás ninguna sociedad en el mundo los esfuerzos que hizo la Iglesia Cristiana en los siglos V y X para obrar á su rededor y asimilarse el mundo exterior. Puede decirse en cierto modo que Ella atacó la barbarie por todos lados para dominarla y de este modo civilizarla.” Esta verdad ha llegado en nuestros días á tal grado de evidencia, que, como dice Augusto Nicolás, (3) no hay publicista, ni historiador, ni crítico digno de este nombre que no la haya reconocido y que no haya hecho de ella el punto de partida y el hilo regulador de todos sus estudios. Pero como la impiedad tratándose del Cristianismo gusta poco de razonamientos, tomémosla de la mano y hagámosla recorrer, aunque de paso, el vasto y hermoso campo donde se encuentran en admirable variedad los monumentos que han recibido el soplo de la civilización, y verémos como todos á su modo proclaman con elocuente voz que á la Iglesia deben su ennoblecimiento y su

(1) Ab. Cauly. Apologetique chretienne pág. 429.

(2) Hist. de la civil. en Europ. pág. 80.

(3) Est. filos. sob. el Crist. tom. 3, pág. 343.

grandeza. Y comenzando por lo más sencillo, esto es, por el elemento material de la civilización, no puede negarse que á su desarrollo concurren principalmente el trabajo bajo sus diversas manifestaciones y el mejoramiento de las condiciones físicas de la humanidad por la abolición de todo lo que la degrada y el alivio de todas sus miserias.

Ahora bien; ¿quién ha ennoblecido el trabajo y le ha dado poderoso impulso? La Iglesia Católica. En efecto, (1) antes del Cristianismo el trabajo era despreciado y lo es todavía allá donde la Iglesia no extiende su benéfico imperio. Aristóteles lo proclamaba bajo; Platón le aplicaba el mismo epíteto. Los obreros que han sido siempre por parte de la Iglesia el objeto de solicitudes tan afectuosas, ni aun eran mirados por los griegos como dignos del nombre de ciudadanos; eran casi relegados al rango de esclavos. Cicerón despreciaba el trabajo hasta tal punto, que consideraba á los trabajadores y á los jornaleros como bárbaros y gente de nada. En nuestros días vemos perpetuarse la misma antipatía en los pueblos privados de la luz del Evangelio. En la India, un bahmin, esto es, un hombre perteneciente á la clase más alta, creeríase manchado si solamente tocase un paria. Los salvajes de la América del Norte se abstienen del trabajo que imponen á sus mujeres, tratadas como esclavas ó animales de carga. Este estado de cosas desapareció desde que se dejó sentir en el vasto cuerpo de la sociedad el soplo de la Religión Cristiana. Desde luego el trabajo fué honrado como una dignidad sobrehumana, porque Jesucristo, verdadero Hijo de Dios, quiso ser sometido á un pobre artesano de Galilea; porque Él mismo, en el taller de Nazareth, no se avergonzó de manejar con sus benditas manos los instrumentos del aprendiz y del obrero. Al trabajo quisieron pedir los Apóstoles, enviados por Jesucristo, el sustento de su vida, á fin de no ser una carga para sus hermanos y aun de poder socorrer á

(1) Moigno. Los espl. de la fé, tomo 4, pág. 669.

los indigentes. Mas tarde los Padres de la Iglesia parece no encuentran palabras con que responder á su vivo deseo de recomendar y glorificar el trabajo; lo estiman al más alto precio. Los monjes del Occidente y del Oriente, consagrados particularmente al trabajo y más especialmente á la agricultura, vinieron en seguida á introducirse en la sociedad, á prestar un glorioso y poderoso concurso al bienestar comun. Estos hombres, que se reunían bajo la disciplina de la Iglesia, vivían, en tiempos bárbaros y de revueltas, en una época en que nadie tenía gusto de trabajar, y en la cual quien tenía un brazo robusto pensaba no poderlo emplear mejor que poniéndolo al servicio de algun aventurero rapaz, para sembrar por doquiera la ruina y la muerte. Y sin embargo, á pesar de estas condiciones desastrosas, se esparramaron por Europa, que estaba convertida en un desierto, y cambiaron su aspecto encubriéndola de ricos y florecientes cultivos. ¡Qué ejemplo tan eficaz y provechoso daban estos hombres que, contentos con un pobre vestido, satisfechos de un alimento que bastaba para preservarles de la muerte, suspendían la oración para ir al campo á desbrozar con el arado la tierra, á la cual confiaban una semilla que en el tiempo de la cosecha debía suministrar pan á los pobres, á los peregrinos, á países enteros! Hacían además los mayores esfuerzos para abrir caminos y arrojar puentes, á fin de que las comunicaciones de un país con otro fuesen más cómodas y el comercio llegase á ser más fácil y seguro. ¿Qué ventajas ha reportado la sociedad de la experiencia de estos hombres que, multiplicando sus trabajos y sus ensayos con una paciencia que nada cansaba, y poniendo sus fuerzas y sus luces en comun, habían logrado desaguar los pantanos, contener por medio de diques los ríos, recojer las aguas dispersas para hacerlas servir de riego de las colinas y de los valles, y esto de una manera tan ingeniosa que, segun la autoridad de un ilustre es-

critor, Cesar Cantú, los mismos modernos á pesar de los progresos de las ciencias naturales, tendrian que recibir algunas lecciones de estos antiguos habitantes del claustro. Pero la Iglesia no se ha detenido aquí. Impulsada por ese espíritu de expansión que le comunicara su Divino Fundador cuando dijo á sus Discípulos: [1] Id por todo el mundo; predicad el Evangelio á toda criatura; al mismo tiempo que enarbolaba el estandarte de la Cruz sobre las ruinas del Paganismo, levantaba tambien sobre sus escombros multitud de pueblos y aun hermosas y opulentas ciudades. A Ella se deben en España, [2] Oviedo, Sahagun y otros varios pueblos de la Rioja, Navarra y Castilla, sin contar los que fundaron las órdenes Militares. A Ella tambien deben su reedificación y población, Salamanca, Ledesma, Ribas Baños y otros inmediatos al Rio Tormes, reedificados por el Obispo Oveco y otros por especial encargo del Rey Ramiro II. Tambien en Bélgica tuvieron semejante origen Gante, Lieja, Malinas, Mons, Saint Fron, Saint Amand y otros muchos lugares que sería prolijo enumerar; y lo que ha hecho la Iglesia en estas Naciones, lo ha hecho tambien en Alemania, en Prusia, Polonia, Suiza, Inglaterra, etc., etc.

Además, donde quiera que ha establecido su imperio esta hija del cielo, ha levantado con mano maestra multitud de templos y edificios grandiosos de beneficencia en donde reverberan con hermosísima luz los rayos de la más grande civilización. "Poned á las gentes, dice el Marqués de Valdegamas [3] á la vista de las pirámides de Egipto, y os dirán: Por aquí ha pasado una civilización grandiosa y bárbara. Ponedlas á la vista de las estátuas y de los templos griegos, y os dirán: Por aquí ha pasado una civilización graciosa, efímera y brillante. Ponedlas á la vista de un monumento romano, y os dirán: "Por aquí ha pasado un gran pue-

(1) Marc. 16 v 15.

(2) Perujo. Maunal del Apologista, tom. 2, pág. 151.

[3] Ensayo sobre el catol. A. lib. 3, c. 3.

blo. Ponedlas á la vista de una Catedral, y al ver tanta magestad unida á tanta belleza; tanta grandeza unida á tanto gusto; tanta mesura junta con tanto atrevimiento; tanta morvidez en las piedras, tanta suavidad en sus contornos y tan pasmosa armonía entre el silencio y la luz, las sombras y los colores, os dirán: Por aquí ha pasado el pueblo más grande de la historia, y la más portentosa de las civilizaciones humanas: ese pueblo ha debido tener del egipcio lo grandioso, del griego lo brillante, del romano lo fuerte, y sobre lo fuerte, lo brillante y lo grandioso, algo que vale más.... lo inmortal y lo perfecto."

Y si tanto debe la civilización europea á la Iglesia en esta parte, que puede considerarse como la más lejana de su influencia bienhechora, ¿cuánto no le deberá por el mejoramiento de las condiciones físicas de la humanidad? Parece que aun resuenan en nuestros oídos los ayes lastimeros del esclavo, los acentos dolorosos de la mujer degradada hasta lo sumo; los tiernos vagidos del niño, expuesto sin piedad por sus padres á la inclemencia de la muerte, y las amargas y doloridas quejas de tanta multitud de pobres, enfermos y desvalidos, que en vano buscaban en torno suyo una mano amorosa que enjugara sus lágrimas, curara sus heridas y llevase á su corazón la paz y el consuelo. Durante cuarenta siglos, antes de Jesucristo, no se encuentra en toda la antigüedad, en toda la faz de la tierra un hospicio para los enfermos, para los ancianos y para los incurables.

Mas apenas apareció el Cristianismo, cuando comenzaron á dulcificarse las condiciones tan degradantes de la humanidad. Hizo resonar en todos los ángulos de la tierra el gran principio de la fraternidad universal, proclamado por Jesucristo de la manera más augusta y solemne. Sí; todos los hombres, sin distinción de sexo, condición ó nacionalidad, llevan en su frente un timbre nobilísimo de gloria, por tener un Padre comun que es Dios, estar destinados á un mismo fin, que

es el cielo, y ser llamados á recojerse ~~aquí~~ en la tierra en el dulce regazo de una madre que es la Iglesia, para que en su purísimo seno gusten todos sin excepción alguna del néctar de sus inefables tesoros. Este gran principio destruyó por su base la esclavitud y restituyó á la mujer su verdadera dignidad. Además, en medio de los ecos tumultuosos del Paganismo que enseñaba por sus Filósofos ser virtud la indolencia más refinada por las miserias humanas, se escuchó la dulce voz de Jesucristo, enseñando, por el contrario y practicando al mismo tiempo de la manera más perfecta, el gran precepto de la caridad. ¡Qué espectáculo tan sorprendente fué para las naciones, contemplar al Hijo de Dios comenzar su vida apostólica por hacer sentir la caridad de que rebosaba su purísimo corazón, curando á los enfermos, consolando á los afligidos, bendiciendo y acariciando á los niños y esparciendo á su paso por todas partes la paz, la luz y la vida. Llenas de reconocimiento las gentes, por seguirle abandonan las ciudades y las aldeas y van hasta el fondo de los desiertos y á lo alto de las montañas, y entre esa turba inmensa que lo rodea aparecen en primer lugar los niños. Es que habían escuchado y no podían olvidar aquella tierna queja del Salvador: (1) "Dejad á los niños que se acerquen á mí, porque de ellos es el reino de los cielos." Por esto aquellas inocentes criaturas le amaban y le seguían á todas partes. La dicha de verle, de oírle y de estar cerca de él, les hacía olvidarse de todo. Pero la sorpresa del Paganismo subió de punto, cuando Jesucristo abre sus lábios divinos y desde lo alto de la montaña glorifica y ennoblece todas las miserias que aquel veía con tanto horror. "Bienaventurados, dice, los pobres, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados. Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos también alcanzarán misericordia." ¡Oh santa montaña, que oíste por vez primera estas adorables pala-

[1] Marc. 10, v. 14.

bras; yo te saludo y te bendigo! ¡En adelante la desgracia no será un crimen, ni la indignancia una deshonra, ni la compasión, una debilidad! Cuando estas divinas enseñanzas transmitidas por los Apóstoles resonaron por primera vez en el mundo, se produjo, dice M. Dupanloup, (1) un gran silencio; la Grecia asombrada y la Italia se conturbaron. El Areópago de Atenas y el Senado de Roma creyeron que debían averiguar y tomar informes acerca de quiénes eran aquel Jesus, aquellos Judíos y aquellos Bárbaros que venían á enseñar cosas tan extrañas; pero en vano entonces la Sinagoga, la filosofía y la impiedad paganas se pusieron en movimiento para ahogar en la boca y hasta en el corazón de los predicadores evangélicos aquella voz importuna y divina; ya no era tiempo. La caridad de Jesucristo iba á arrollarlo todo.

Fué necesario ceder al fin, y bien pronto Roma y todo el universo resonaron con aclamaciones, cuando S. Pablo, semejante á un ángel de los cielos, levantó la voz, y dominando desde las alturas evangélicas todos los clamores humanos, entonó en nombre de Jesucristo el himno de la caridad triunfante, y exclamó:

"Aun cuando hablase el lenguaje de los espíritus celestiales, si no tuviese caridad, no sería mas que un bronce hueco y un címbalo sonoro."

"Aun cuando haciendo gala de una beneficencia soberbia hubiera dado todos mis bienes á los pobres, y con una paciencia estoica hubiese hecho sufrir á mi cuerpo todo género de dolores, y pasado á través de las llamas, si no tuviese caridad de nada me serviría."

"Aun cuando fuere el mayor de los Profetas, y conociese todos los misterios, y poseyere todos los secretos de la ciencia y tuviese una fé tan viva, tan profunda y tan poderosa que con ella pudiese trasladar de sitio las montañas, si no tuviese caridad, nada sería."

(1) Vida de Ntro. Sr. Jesucristo, pág. 63.

“Por último, entregado á un éxtasis divino y como fuera de sí, San Pablo terminó su himno sublime con estas palabras: “La caridad no perecerá jamás. La fé y la esperanza pasarán, pero la caridad quedará siempre. La fé, la esperanza y la caridad, hé aquí las tres divinas virtudes que en la tierra moran y alumbran con su luz pura y suave el día sombrío y pasajero del mundo. Pero la mayor de estas tres es la caridad. Ella es la madre benéfica del siglo presente, la Reina inmortal del siglo futuro.”

Ya podréis comprender, venerables hermanos é hijos muy amados en el Señor, qué efecto producirían en la Iglesia esos divinos ejemplos y esas enseñanzas celestiales. Apenas sale de los brazos de Jesucristo para extenderse por todo el mundo, cuando la vemos abrirse paso á través de los siglos y de todos los lugares, llevando en sus benditas manos el bálsamo de la caridad cristiana para derramarlo con ternura en todas las miserias de la humanidad. En donde quiera que pone la planta deja una huella hermosísima en que se lee con letras de refulgente brillo el mismo elogio del Salvador: (1) “*Pertransit benefaciendo*” ha pasado por aquí haciendo el bien. En efecto, no hay una sola necesidad de nuestra naturaleza á cuyo lado no haya colocado la Iglesia un beneficio; no hay una miseria para la cual no haya inventado un socorro, y todo con una plenitud, una delicadeza y un desinterés, cuyos efectos causan á veces envidia á los mismos favoritos de la civilización.

Ella ha acojido bajo su manto á los niños expósitos, á los huérfanos, á los desvalidos, á los ancianos, á los enfermos, á los pobres, á los enajenados; ella guía á los viajeros extraviados, ampara á los peregrinos, recibe á los naufragos; ella se halla en los desiertos y en el centro de las ciudades, penetra al fondo de las minas, baja á la hediondez de los calabozos y se queda en rehenes por rescatar al cautivo; sube á las montañas, atraviesa los rios y cruza los mares; ella se halla en los

[1] Act. 10, v. 38.

campos de batalla, no teme los extragos de la peste ni las irritaciones del hambre; ella es ingeniosa para dar educación á los ignorantes, trabajo á los desocupados, retiro á los arrepentidos, protección á los débiles contra sus opresores; en una palabra, ella tiene alivio para todos los sufrimientos. Todo esto lo hace la Iglesia siempre, en todas partes, sin interrupción, sin fausto sobre todo, y hasta sin ningún esfuerzo; todo es natural en ella, hasta el punto que no lo notamos; tan habituado se halla el mundo á todas sus obras. Sin embargo, cuando se considera con atención este espíritu de caridad que anima á la Iglesia, cuando se contempla la heroicidad de esas almas, que, cual flores hermosísimas, brotan de su tallo divino para derramar el perfume de su ardiente caridad, se escapan hasta de los labios de los impíos los más pomposos elogios. “¡Oh santas y valerosas mujeres, decía Proudhon, (1) hablando de las Hermanas de la Caridad, vuestros corazones se han adelantado á la época, y nosotros, miserales rutinarios, falsos filósofos y sábios, somos responsables de la esterilidad de vuestros esfuerzos! Ojalá podais un día recibir vuestro galardón.” Iguales elogios se escapan de los labios de Voltaire. (2) “Acaso, dice, nada hay más grande sobre la tierra, que el sacrificio que hace un sexo delicado, de la belleza, de la juventud y muchas veces del alto nacimiento y de la fortuna, para aliviar en los hospitales la diversidad de todas las miserias humanas, cuya vista es tan humillante para el orgullo del hombre y tan repugnante á nuestra delicadeza. Los pueblos separados de la comunión romana no han imitado sino de un modo muy imperfecto una caridad tan generosa.” Y en vista de este hermoso cuadro, todavía se atreverá la impiedad á insultar á la Iglesia, llamándola enemiga de la civilización y del Progreso. Pero estamos apenas en la portada de este grandioso edificio que la Religión ha embellecido ya

[1] Duquetiaux, las orden. mon. pág. 220.

[2] Ensayo sobre las costumbres, cap. 139.

con tanto primor. Pasemos adelante y guiados por la luz pura y serena de la razón, veamos qué ha hecho la Iglesia por la civilización moral, qué ha hecho por la civilización intelectual de los pueblos.

Poco diremos acerca de lo primero, pues hasta los mismos impíos confiesan con estupor la santidad de la moral evangélica. “La magestad de las Escrituras, decía Juan Jacobo Rousseau [1] me asombra y la santidad del evangelio habla á mi corazón.” En efecto, no puede concebirse una ley más universal y más perfecta que la ley de Jesucristo. “Nosotros preguntamos con cofianza, dice el Cardenal de la Luzerna (2) á aquellos que la combaten, cuál es el punto en que se encuentra defectuosa. Los desafiamos á nombrarnos una virtud que el cristianismo no enseñe, un vicio, un defecto que él no repruebe. Reunid en vuestro entendimiento todos los principios de virtud, agregad todas las ideas de perfección, imaginad aun nuevos grados de la más alta santidad y no habréis formado mas que el modelo de un perfecto cristiano; el pensamiento del hombre no puede extenderse más allá de lo que Jesucristo ha previsto, ha reglamentado, ha mandado ó aconsejado en su santa ley.” Por esto el grande Obispo de Hipona San Agustín, embelesado por ese admirable conjunto de enseñanza que contienen los gérmenes de la civilización moral más perfecta y que la Iglesia Católica no cesa de inculcarnos con indecible ternura, exclama: (3) “Salud oh Iglesia Católica, madre de los cristianos. Vos sois quien enseñais á los hombres no solamente á adorar á un solo Dios verdadero, y con esto destruis la idolatría de la superficie de la tierra, sino tambien les enseñais la caridad para con sus hermanos de una manera tan perfecta, que hallan un remedio eficaz todas las miserias humanas que aflijen al mundo en castigo del pecado. Vos sois quien, segun las circunstan-

[1] Dupanloup. ob. cit. pag. 15

[2] L' excellence de la Religion tom. 1 pag. 858.

[3] De morib. Eccl. cath. cap. 30.

cias, tierna con el niño, fuerte con el adulto, grave con el anciano, enseñais la verdad y ejercitais la virtud, segun la fuerza de la edad y el desarrollo de la inteligencia.

Vos sois quien sometéis la mujer al marido por una obediencia casta y fiel, no para satisfacer apetitos brutales, sino para conservar el género humano, la familia, la sociedad.

Vos sois quien dais autoridad al hombre sobre la mujer, no para que abuse de la debilidad de su sexo, sino para ser su apoyo y dirigirla segun las leyes del amor más cordial.

Vos sois quien sometéis, por una libre servidumbre, los hijos á los padres, y dais á los padres un santo imperio sobre los hijos.

Vos sois quien unís los hermanos á los hermanos con el lazo de la religión, lazo más sagrado y más fuerte que el de la sangre.

Vos sois quien, atendiendo siempre á las leyes de la naturaleza y á las inclinaciones de la voluntad, estrechais por una caridad mútua las alianzas y las amistades.

Vos sois quien enseñais á los servidores á ser adictos á sus dueños, no tanto por la necesidad de su condición, como por el amor de su deber.

Vos sois quien haceis á los amos ser buenos y misericordiosos con sus sirvientes, por el pensamiento de un Dios Supremo, Señor comun de unos y otros.

Vos sois quien unís, no solamente por relaciones de sociedad, sino por vínculos de fraternidad, los ciudadanos á los ciudadanos, las naciones á las naciones, y todos los hombres, cualesquiera que sean, recordándoles su origen comun.

Vos sois quien enseñais á los reyes á gobernar á los pueblos, y á los pueblos á obedecer á los reyes.

Vos sois, en fin, quien enseñais con una precisión perfecta á quien es debido el honor, á quien el afecto,

á quién el respeto, á quién el temor, á quién el consuelo, á quién la advertencia, á quién la exhortación, á quién la reprensión, á quién la corrección, á quién el castigo; mostrando que todas estas cosas no son debidas á todos, sino á todos la caridad, á ninguno la ofensa."

De estas sublimes enseñanzas, han brotado aquellos frutos hermosísimos de la civilización moral que aparecen en lo exterior de la sociedad cristiana: tales son, v. gr.: el mejoramiento de las costumbres, el ennoblecimiento y la purificación de las almas, la cortesía de los mordales, la dulzura y la generosidad de las relaciones privadas, domésticas, civiles y políticas. En efecto, de esa escuela de amor inefable que el cristianismo ha establecido, el mundo ha ganado y gana todavía como bien lo sabemos: el respeto al hombre, aunque sea pobre y de condición baja y despreciable, el perdón fácil y sincero de las almas despues que han sufrido sangrientos ultrajes, las venganzas disminuidas ó hechas imposibles, porque son severamente juzgadas por nuestra propia conciencia y la de otro, la equidad forzada á mitigar los rigores del derecho, las fatigas y privaciones aceptadas alegremente con el objeto de procurar la suavización de la condición del pobre, del obrero honrado, del huérfano, del anciano. Ved los hechos palpables que saltan á la vista, y la más ligera reflexión basta para descubrir su origen, el cual evidentemente no es otro que la moral de Jesucristo enseñada por la Iglesia. De ella tambien brotan esas influencias saludables que santifican y hacen prósperas todas las sociedades humanas. La primera y la más importante es la sociedad conyugal.

Gracias á la Iglesia el matrimonio, despues de largas ignominias, apareció coronado de una diadema real. Transformado de este modo, no podía menos de convertirse en una fuente de insignes ventajas para la misma civilización. Dadnos esposos atentos de una parte, á secundar los designios de Jesucristo y de otra á ejer-

cer el ministerio maternal de la Iglesia, y entonces la civilización será salvada. Los hijos que saldrán de los hogares domésticos para poblar la tierra llevarán profundamente grabadas en su corazón las máximas de justicia que son las bases de la sociedad civil; estarán acostumbrados por una sábia educación á guardar la disciplina, á respetar la autoridad y á observar las leyes justas. En manos de estos padres se formarán caracteres enérgicos y firmes que no se inmutarán ni se dejarán ganar por los vientos de las doctrinas mudables. En estos hogares domésticos santificados por la fé y por los ejemplos de los padres, los hijos tendrán a dicha de aprender á llevar á la sociedad la humanidad de los sentimientos, la lealtad de las relaciones, la constancia en guardar la palabra dada, etc., etc.

La sociedad civil no reporta tambien menores ventajas de la moral evangélica. El poder, dice la Iglesia, viene de Dios. Pero si el poder viene de Dios, debe reflejar la magestad divina para aparecer respetable, y la bondad de Dios para ser aceptable y dulce á los que están sometidos á él. Cualquiera que tenga en sus manos las riendas del gobierno, sea un individuo ó una persona moral, haya recibido el poder por elección ó por nacimiento, en el seno de un estado democrático ó de una monarquía, no debe buscar en el poder la satisfacción de su ambición y el vano orgullo de estar sobre todos, sino al contrario el medio de servir á sus hermanos como el Hijo de Dios que no vino para hacerse servir sino para servir á los otros. Palabras, máximas bien cortas, pero en las cuales no obstante está encerrada la más dichosa y la más consoladora transformación del poder que se puede desear. El poder que depende de la enseñanza cristiana es modesto, laborioso, atento á favorecer el bien, detenido por el pensamiento de que en el juicio final son reservados castigos severísimos para aquel que habrá gobernado mal. Si el poder saca de Dios su razón de ser, su magestad, su solicitud en procurad todo bien, es imposi-

ble creer que puedan rebelarse contra él porque sería rebelarse contra Dios. La obediencia del súbdito debe ser franca y leal, debe proceder de un sentimiento íntimo y no del temor servil de los castigos; debe llevar con ella la prueba de su sinceridad y hacer aceptar voluntariamente los sacrificios reclamados por aquel que tiene en la mano el poder para desempeñar su ministerio.

La Iglesia no aprueba los fautores de desórdenes, los enemigos sistemáticos de la autoridad; y la obediencia que inculca encuentra una poderosa compensación en la transformación del poder, el cual convertido en cristiano y despojado de sus antiguas y deshonorosas inclinaciones hácia la ambición y la tiranía, reviste el carácter de un ministerio paternal sábiamente contenido en los límites de justicia del mandato. Si se salvan estos límites invadiendo el dominio de la conciencia, se encuentra en el hombre una voz que responde con los Apóstoles: Es necesario antes que todo obedecer á Dios. Los súbditos cobardes, á quienes serviles temores hacen temblar, no son creados en los brazos de la Iglesia. Nacen fuera de ella, en el seno de sociedades que no reconocen otro derecho exterior que el de la fuerza bruta.

Así pues, interrogando al hombre como individuo, al hombre en sus relaciones con sus semejantes, al hombre en la sociedad doméstica y civil, basta un exámen rápido para convencerse de que las doctrinas de la Iglesia encierran los más preciosos gérmenes de la civilización, que puestas en práctica, conducirán infaliblemente á la más alta perfección moral que se puede esperar sobre la tierra.

! Pero la impiedad replegándose como en último asilo en el órden intelectual, hace esfuerzos inauditos para presentar á la Iglesia como enemiga del progreso científico. Lo habreis oido decir, hasta el fastidio, que la Iglesia encadena la razón con sus dogmas; que le quita los bríos para lanzarse por las regiones de la verdad;

que se opone poderosamente á los descubrimientos que tanto enaltecen á nuestra época y sumerge á los pueblos en la más profunda ignorancia. Estas calumnias revestidas con las pomposas palabras de "fanatismo," oscurantismo y retroceso, no cesa de lanzarlas contra la Iglesia y los ministros sagrados, aprovechando para esto toda clase de circunstancias, aun cuando no vengan al caso. ¿Qué diremos de semejante conducta? La recta razón estudiando con imparcialidad su propia índole, considerando los progresos que ha hecho desde que se ha aliado con la fé, é interrogando á todos los monumentos en que se refleja el progreso científico de los pueblos bajo la influencia del Cristianismo, no puede ménos que volverse llena de indignación contra la impiedad y decirle: "Mientes: eres ó una calumniadora insigne ó una ignorante soberbia." Y á la verdad, no podemos negar que la Religión Católica, nos enseña un crecido número de verdades que forman el depósito de la revelación, y para las que exige un firme asenso que es el acto de fé. Pero si consideramos la manera como procede en este punto, y los grandes beneficios que nos resultan de su magisterio, veremos cuán infundadas son las quejas de los incrédulos. En efecto, la Iglesia se presenta á nuestra razón y le dice: "Mira; más allá de la esfera en donde buscas con tu luz natural la verdad, se extienden vastísimos horizontes en que brillan verdades sublimísimas que nunca podrás conocer, si no hay álguien que te las manifieste. Yo vengo, en nombre de Dios, para enseñártelas. Además, dentro de la esfera de tus conocimientos naturales, te veo vagar incierta, y caer con mucha frecuencia en gravísimos errores. Yo vengo á librar-te de estos continuos naufragios, enseñándote tambien, de una manera segura, aquellas verdades fundamentales, que te servirán como de faro luminoso para que no te pierdas en el borrascoso mar de las opiniones humanas. Pero antes de que prestes asenso á mis enseñanzas, quiero respetar tu soberanía.

Examina primero las credenciales que traigo. Aquí tienes todos los motivos de credibilidad. Examínalos atentamente y verás como ellos te demuestran claramente, que, en efecto, vengo yo en nombre de Dios para enseñarte todas estas cosas." ¿Puede concebirse una conducta más noble y más racional por parte de la Iglesia?

Si la razón, obsequiando como debe, sus deseos, se consagra á estudiar los motivos de credibilidad, no podrá rehusarse á prestar su asenso á las verdades que le enseñe, sin contrariar los principios y leyes fundamentales de su modo ordinario de obrar. Porque si la razón manda creer á los hombres pecables, flacos y falibles, cuando le consta con certeza que le han anunciado alguna cosa, y que siendo veraces en sus palabras, sabe además que no se equivocan, ¿con cuánta más razón no intimará esta obligación, cuando examinando atentamente los motivos de credibilidad, vé en ellos con toda certeza, que, en efecto, la Iglesia es una Institución divina que ha recibido de Dios la revelación de todas las verdades que enseña, juntamente con la misión de comunicarlas de una manera infalible á los hombres? Llámese, enhorabuena á esta obligación, "cadenas;" pero son cadenas nobilísimas que la misma verdad impone y la recta razón confirma, so pena de renunciar á ser racionales. Llámese á este estado "esclavitud;" pero es una esclavitud que en nada nos degrada, porque no nos quita sino la libertad de vivir en la ignorancia ó en la duda, con respecto á las verdades que nos enseña la Iglesia. Por el contrario, ¿cuántos beneficios nos resultan de esta feliz esclavitud! Ella nos enriquece considerablemente, aumentando el caudal de nuestros conocimientos, con la enseñanza de las verdades sobrenaturales; ella presta á nuestra pobre razón un poderoso apoyo para que pueda lanzarse sin peligro y sin temor por el anchuroso campo de las investigaciones filosóficas; ella, en fin, la avalora, y en vez de oponerse á los progresos científicos, le abre la

puerta y la estimula para que ostente en el estudio de la naturaleza la real diadema con que la coronara el Señor en la mañana de la creación. Por esto, el mismo Voltaire no pudo menos que dirigir á sus compañeros de impiedad las siguientes palabras: (1) "Al ver á la razón hacer progresos *tan pasmosos, pero tan solo* desde el momento de la predicación del Evangelio, bien podeis considerar á la fé como una aliada que debe venir en vuestra ayuda, y no como un enemigo á quien es preciso atacar. Debeis estimarla y no temerla." Y en efecto, es una gloria del Cristianismo que pregonan todos los siglos y los pueblos, el haber promovido sin cesar los progresos de la razón en todas las esferas de su actividad. ¿Quién ha desplegado mayor solicitud que Ella, por el establecimiento de escuelas ó instituciones de educación? Desde el Discípulo amado que, como refiere Mosehim, (2) abrió una escuela en Efeso para instruir á la juventud, hasta la época presente, no cesa de oirse la voz de la Iglesia mandando á los Obispos que velen con el mayor empeño, por el establecimiento y cuidado de estas casas de enseñanza. ¿A quién, sino á la Iglesia, debemos la conservación de las preciosas joyas de la literatura griega y latina y de tantos otros monumentos científicos que hubieran perecido, en la edad media, con la irrupción de los bárbaros? Sólo ella animada por el celo ardiente de difundir la verdadera ilustración en los pueblos, pudo inspirar á los beneméritos hijos de S. Benito la resolución heroica de copiar las obras de la antigüedad para trasmitirlas íntegras hasta nosotros. "Ellos fueron, como dice un escritor moderno, (3) la institución salvadora que estaba destinada á conservar en inestimable depósito la luz de las ciencias y de las letras, que solo podía resplandecer ya en el retiro."

Y si bien en los Establecimientos creados por la I-

[1] Razón del cristianismo, palabra "Aveaux."

[2] Perujo, Manual del Ap. tom. 2, pág. 155.

[3] Amador de los Rios, Hist. de la lit. es., tom. 1, lib. 1. pág. 297.

glesia que pudieran contarse por millares, ocupaba el lugar preferente el estudio de la Religión, no por eso debemos creer que ella descuidaba el cultivo de las ciencias humanas. Jamás encontraron éstas un asilo más seguro y una protectora más benéfica que la Religión. Ved á la Filosofía cómo se levanta gallarda á la sombra de la Iglesia y llena de vida y lozanía. Antes (1) de que tomase su forma de escolástica, había tenido ya su elocuente tribuno en Tertuliano, su gran docto en Orígenes, su immaculado testimonio en S. Justino, su intérprete metafísico en Severino Boecio, su levita en S. Atanasio, su crítico en S. Gerónimo, su vengador en S. Ambrosio, su génio sintético en S. Agustín, su historiador en Paulo Orosio, su apologista en Clemente de Alejandría, su tutor en S. León Magno, sus oradores en S. Juan Crisóstomo y en los tres Gregorios. Mas eran rayos que de lejos la embellecían; eran más bien los crepúsculos de su nacimiento. Llega la época feliz en que suscita el cielo á sus verdaderos fundadores. Ved el primero: es Alberto, hombre por ingenio y por estudios tan extraordinario, que sus contemporáneos le dieron el nombre de "Grande" que le ha conservado la posteridad. Además de ser ilustre teólogo, es matemático, físico, médico y metafísico sumo; el sello que imprime á la filosofía católica es la inmensidad y la prodigalidad, por decirlo así, de sus conocimientos. A frecuentar su escuela concurren oyentes sin número, pareciendo una peregrinación de las naciones; desde los escaños de la Universidad de París transferido á Colonia para que allí establezca su cátedra, viene á ser el doctor primero de Alemania. A Alberto el grande le sucede Sto. Tomás de Aquino, fundador también inmediato de la Filosofía Católica. De mente más aguda que aquel de quien es discípulo; más ordenado, más seguro y recto, mientras es complejo de la propia manera, este génio verdaderamente creador tiene sin duda el mérito incontestable de poner al

(1) Alimonda. Los problemas del siglo XIX, tom. 3, pág. 123.

lado de la Teología una ciencia nueva, que no recibe sólo el nombre de Filosofía, sino también su personalidad distinta en todas partes y su realidad. Fruto de su ingenio es aquella Obra maestra, la Suma Teológica, en donde resplandecen la sutileza, la profundidad, la precisión y la sagacidad filosófica, obra de que habla todo el mundo, sin excluir los que no la leen, como hablan de las pirámides de Egipto, si bien nunca las vieron.

Más tarde para darle su total complemento, aparecen tres genios de incomparable magnitud. En la celdilla de un oscuro monasterio de Inglaterra, la inspiración que produce los grandes descubrimientos, desciende sobre un pobre religioso que se llama Rogerio Bacón. Otros doctos y filósofos estudiaban en los elementos físicos; mas éste que hizo de jóven sus estudios en Oxford y en París, ocupando entonces una celda, es una maravilla: desde los rayos del cielo hasta el estruendo de los cañones: desde los prodigios del fuego hasta los del agua metidos en máquina, camina él como profeta revelador del porvenir. Así la Filosofía enlázase á la Física. Por otra parte, salido de Bañores, un eminente toscano viste la lana de los Franciscanos y dá en las ciencias estupendos avances: es S. Buenaventura, que, mientras escribe sobre filosofía, plega la mente al afecto, abriéndole las vías místicas y contemplativas del mundo invisible, de la sociedad espiritual. Muchos de sus libros y opúsculos se proponen esto directamente y le proporcionan el título de Doctor seráfico. De esta manera la Filosofía contrae matrimonio con el misticismo. Pero si hasta aquí la Filosofía había emprendido su majestuoso vuelo en alas de la inspiración y con el ropaje de un lenguaje prosáico, llega el momento en que nos habla el lenguaje armonioso de las Musas. Alberto Magno y Sto. Tomás se habían ido; la voz de Rogerio Bacón no se oía ya, y el seráfico Buenaventura, siguiendo las sendas místicas y con-

templativas por él anheladas, había subido al cielo: para eternizar la Obra de los monjes filósofos se acercaba el Poeta filósofo; era Dante Alighieri. En aquel torrente armonioso que brota de sus lábios, y que en sus doradas ondas lleva para fertilizar su "Paraíso" todos los encantos de la poesía, veréis levantarse también la cátedra del filósofo cristiano. Detened, siquiera por un momento, vuestras miradas para contemplar esa obra inmortal. "No os guiaremos, podremos decir con el Cardenal Alimonda, [1] á contemplar las moradas rientes por él descritas, como las primeras siete esferas; ni os pasaremos delante de aquellos colores, de aquellos iriz, de aquellas luces, de aquellas flores cuya fragancia es inmortal, de aquellas ondas de cariñosísimo sueño, ni de aquellas imágenes de perfecta hermosura que halla en sus vuelos por el Paraíso. Fijaos únicamente en ese hablar extendido de los seres á Dios en puntos variadísimos, y tendréis la enseñanza filosófica segun la profesa la Iglesia Católica. La Musa florentina, trasportada al cielo, tiene la cátedra del Doctor al mismo tiempo y expresa las teorías del filósofo. Imitando Alighieri al grande Alberto en la vastidad del designio científico, viene á ser como él inmenso y enciclopédico: como Sto. Tomás, es sutil, agudo, profundo, determinado y seguro. Por lo que hace á Rogerio Bacón, no sabemos que Dante Alighieri estudiase sus libros ó conociese sus descubrimientos; sin embargo, él como el religioso inglés, trasfirió á las ciencias físicas la filosofía; si no inventa, previene á los doctos en muchos conocimientos astronómicos, geográficos y geológicos. Pone de realce la universalidad de los entes, sacados de todas partes y dilatados de algun modo por el amor que les comunicara una rotación infinita: indica la gravedad que al terrestre globo comprime y hace que se precipiten los cuerpos pesados; previene así la ley de atracción que Newton leerá en los cielos. Siente la necesidad de una cons-

[1] Obra cit. pág. 126.

trucción simétrica del mundo, lo cual le hace presuponer en otro hemisferio vastos é incógnitos países: antevée así America, á la que llegará Cristóbal Colón. En sus conjeturas álzase á imaginar antiguas subversiones que cambiaron la faz de la tierra; alteraciones antidiluvianas del Océano; vorágines ígneas que inflaman el suelo bajo nuestros piés; anticipase así á las hipótesis cosmológicas en que harán esfuerzo de ingenio Keerl, Delitzeth, Westermayer y Liell. Esto por lo que hace á los estudios físicos. En cuanto á S. Buenaventura, el cuarto de los fundadores de la Filosofía católica, lo estudia Dante á modo de un enamorado, tomando de él sobre todo el simbolismo y el misticismo, aquella vena de afecto que no se calienta con el bajo ardor terrestre, por cuanto se colora y se inflama para las visiones del cielo. Y al rededor de estos hermosos astros que con tanta gloria se levantan en el firmamento de la Iglesia, ¡cuántos otros contemplamos de menor magnitud, que, recibiendo de ellos la luz, han aparecido en todas las Naciones, derramando por doquiera los esplendores de la más alta y sublime filosofía!

Y ¿qué dirémos del impulso dado por la Iglesia á las demás ciencias naturales?

Nada dirémos del estudio de las lenguas que bajo la sombra de la Iglesia tomó grande incremento, pues bien sabido es que el Papa Clemente V (1) mandó que en la Curia Romana y demás Universidades católicas, fuera de las clases de griego y de latin, se establecieran las de hebreo, caldeo, árabe, etc. etc., y como fruto de estos estudios ostenta orgullosa la antigüedad entre otros monumentos, la célebre Políglota del Cardenal Cisneros, y los vastos conocimientos en las lenguas sábias de Arias Montano y de Erasmo. Pasarémos también en silencio la influencia de la Iglesia sobre la Legislación, pues un célebre Jurisconsulto francés, M. Troplong, en su erudito tratado "De la influencia del

[1] Clem. "Inter sollicit." lib. 5, tit. 1.

Cristianismo en el Derecho Romano," describe detalladamente las reformas sucesivas obradas por aquel "Espíritu celestial" como él lo llama, en las leyes romanas, y por consecuencia en todas las relaciones sociales de los hombres entre sí. Baste sólo decir que ese espíritu humanitario de las legislaciones modernas sobre el Derecho Penal con sus sistemas penitenciarios y carceleros, no es otra cosa que la aplicación de la doctrina de la Iglesia; de manera que los Filósofos no han tenido que hacer un grande esfuerzo de inteligencia sino estudiar el Derecho Canónico en el que se hallan bosquejadas sus teorías. También pasaremos por alto la Historia, ciencia que se ha formado enteramente bajo la influencia católica; porque la religión, á diferencia de los escritores antiguos, considera los hechos como abundantes manantiales de reflexiones y pensamientos filosóficos y morales, y hace ver en ellos la acción de la Providencia conduciendo á los hombres á sus fines y dirigiendo la marcha de la humanidad. Nadie ignora también que los grandes adelantos que han hecho desde el siglo pasado la Geografía é Historia Natural, se deben en su mayor parte á las relaciones de los Misioneros. Fijemos nuestras miradas en las ciencias matemáticas y astronómicas. La impiedad con tono arrogante quiere echar en cara á la Iglesia que ha visto con desprecio estos estudios y ha perseguido á los que se dedicaban á ellos. Prescindiendo de Galileo, de quien nos ocuparemos adelante ex-profeso, nada hay más falso que esto. Nunca despreció la Iglesia el cultivo de estas ciencias ni mucho menos persiguió á los que á ellas se consagraban. Lo que persiguió únicamente fueron las necedades de la Astrología sirviendo con ello en gran manera al género humano y á las ciencias mismas, porque tanto á éstas como á aquel perjudica mucho todo género de superstición.

Entre los que se daban á esta clase de estudios había muchos que pretendían hallar en la revolución de los astros la causa fatal é irresistible de los aconteci-

mientos humanos ocultos bajo el velo del porvenir. La Iglesia se levantó contra estos insensatos, que destruían con sus necios cálculos el dogma católico de la libertad humana. Hé aquí explicado todo el odio de la Iglesia contra las Matemáticas y la Astronomía. No iba contra estas dos hermosas ciencias, sino contra el abuso que de ellas hacían los aficionados á la astrología judiciaria. Cuando las ciencias (1) matemáticas y astronómicas se hallaban limpias de estos errores perniciosos, la Iglesia era la primera en fomentarlas. Por esto no faltaban en las Universidades católicas profesores de estas materias, y no dejaba de honrar la Iglesia á los que en ellas se distinguían. La mitra sagrada ornó en España al Obispo llamado Rocemundo, conocido entre los árabes con el nombre de "Rabiben-Zaid" famoso por sus conocimientos astronómicos y filosóficos en el siglo de oro de la literatura árabe-española. La tiara pontificia recompensó los méritos del monje francés Gilberto, después de haber pasado de Francia al condado de Barcelona, con el objeto de hacer allí sus estudios en las escuelas cristianas y de aprender las Matemáticas bajo la dirección de Hato, Obispo de Vich. La dignidad cardinalicia fué el galardón de los estudios matemáticos y de otros géneros de ciencias concedido á Nicolás de Cusa, primer restaurador del sistema pitagórico en Astronomía, y maestro del canónigo Copérnico. En 1435 dió á luz este ilustre sábio un libro intitulado: "De doctâ ignorantia," en el cual se afirmaba la realidad del movimiento de la tierra al rededor del Sol. Nada se diga del famoso Copérnico, el cual ha dado su nombre al sistema que ahora se sigue en Astronomía, merced á su famosa obra astronómica "De revolutionibus orbium coelestium." Ya canónigo, ejercía el oficio de Profesor de Matemáticas en Roma á principios del siglo XVI, y como á Maestro en la profesión le consultó en 1512 el Concilio de Letrán para hacer la reforma del Calenda-

[1] Mendive. La Relig. cat., A pág. 832.

rio. Mas, la reforma que acabamos de indicar ¿quién la practicó sino la Iglesia? Bien lejos estaba ésta, por cierto, de oponerse al estudio de las Matemáticas y Astronomía, cuando acometía tan grande empresa y así honraba á los que en esas ciencias se distinguían. Y si de estas ciencias pasamos á considerar lo que tanto pondera nuestro siglo, á saber: la Literatura, las Bellas Artes y los descubrimientos físicos, veremos que de todos estos monumentos se levanta un himno de bendición para la Iglesia proclamándola su especial protectora. Y á la verdad, concentrando nuestras miradas á la Italia, que es la Nación en donde debe estudiarse de preferencia la acción del Cristianismo en el desarrollo del espíritu humano, por estar allí la cátedra de S. Pedro, ¿qué es lo que nos dice la Historia? Si es cierto que la Iglesia encadena el pensamiento y se opone á su noble y generoso vuelo, los hechos de Italia deben dar la demostración más victoriosa de ello. Pero ¡ah! felizmente es todo lo contrario. Contemplad en primer lugar la Literatura, que es la primera manifestación del pensamiento estético. Apenas se desvanecen los tiempos bárbaros y la edad media da lugar al renacimiento, poetas y prosistas, profiriendo su boca los vagidos del idioma nacional, salen en abundancia de las montañas de Italia y sus riberas. Guido de las Columnas entona sus castas rimas desde el mar siciliano. Guido Guinicelli y Guido Chislieri difunden desde Bolonia sus cantos matutinos; corresponde Guittone de Arezzo y á los caballeros celebra; Bruneto Latini, llevado á estudios mas sólidos, redacta en Florencia su "Tesoro." Guido Cavalcanti, Matteo Spinelli, Ricordano Malaspini y Pedro Crescensi, con diversos tratados y crónicas forman el primer grupo de los literatos italianos. Sólo que así como cuando con telescopio se examina el cielo, al recorrer con la vista una pléyade de astros menores se halla el astro mayor que á los otros domina, sucede lo mismo en los literatos italianos. Hé aquí á Dante Alighieri, es el más grande de todos los Poe-

tas, el verdadero creador de la lengua de Italia, y el que abre el testamento profano de la nueva civilización. Y muy semejante á él en su grandeza aparecen tambien Petrarca, Poliziano, Ariosto y el Tasso.

Ahora bien, (1) ¿compuso acaso Alighieri á despecho de la Iglesia y hostilizado por ella el trino canto de la Divina Comedia? ¿Si toda la Divina Comedia es una inspiración del Catolicismo! ¿Si el infierno allí simboliza el infierno cristiano! ¿Si el Purgatorio de Dante os explica el Purgatorio cristiano! ¿Si la doctrina del Paraíso de Alighieri no es más que una esencia de la Teología católica de Sto. Tomás de Aquino!

¿Acaso estudia Francisco Petrarca á despecho de la Iglesia, y dá por ella maldecido, las admirables pruebas de su ingenio? Ciertamente no saca del Catolicismo las melífluas rimas de su Laura; mas si se habla de su sentir exquisito, máximo en él, y de su saber inmenso, en gran parte lo debe á la Iglesia de Jesucristo, en cuya veneración se educó, como el hijo educase bajo la autoridad de su madre. ¿Es Petrarca el canónigo de Pádua y el Arcediano de Parma! De los cuatro beneficios con que le honraron los Papas, retiene para sí éstos dos. Ama tanto á la Iglesia dominando en Italia, que corre al Pontífice Santo en Aviñón, y hasta verter lágrimas lo conjura con el fin de que torne á la sede alma del Apóstol. Llega un día al Petrarca una doble invitación para ser coronado Poeta: una carta viene de Paris y otra de Roma. ¿Dónde preferirá ser coronado? ¿A orillas del Sena ó en Roma? Paris es la ciudad profana de los Doctos y Roma es la ciudad religiosa de las doctrinas. ¿A donde irá, por lo tanto? El gran lírico de la Italia es católico y escoje la poética coronación del Capitolio.

¿Por ventura ilustrase Poliziano en las letras á despecho de la Iglesia? ¿Si tiene por maestros á monjes y frailes! ¿Si es el grande amigo de los Cardenales y de los Pontífices! ¿Si por invitación del Papa traduce del

(1) Alimonda. obra cit.

griego al latín la Historia de Herodiano! ¡Si de Inocencio VIII recibe doscientos escudos de oro á fin de que pueda dedicarse con facilidad á las fatigas literarias! ¡Si es el acariciado preceptor de León X! Finalmente ¿acaso crea Torquato Tasso á despecho de la Iglesia la mayor epopeya del mundo moderno? ¡Si el que es un tierno confidente de sacerdotes, continuamente, tanto en verso como en prosa, exaltando á Dios, á Cristo, á la Religión y á los Santos, no hace más en la Jerusalem libertada que versificar la más alta empresa generosa del Catolicismo! Callemos otra multitud de nombres ilustres que forman la gloria de la literatura italiana. No á despecho de la Iglesia, sino bajo su sombra bienhechora, enriquecieron la literatura italiana con sus admirables producciones.

Pasemos á considerar las Bellas Artes que son la segunda manifestación del pensamiento estético. La Historia nos recuerda algunos famosos nombres que todos repiten como si fueran los felices géneos del Arte: Giotto, Miguel Angel, Bramante, Sanzio, etc., etc. ¿Mas en dónde florecieron y bajo qué sombra se educaron? En Italia: allí bebieron las auras católicas, y las auras católicas de su ingenio derramaron, levantando monumentos estupendos de religión y de civilización. S. Pedro de Roma, Sta. María Novella, Sta. María del Fiore, la Catedral de Siena, la Catedral y el Cementerio de Pisa, S. Frediano de Luca, S. Petronio de Bolonia, S. Márcos de Venecia y la Catedral de Milán, dicen en alta voz: Nuestros padres fueron católicos y vieron la luz en este país.

De la misma manera los más célebres escultores y pintores son hijos de Italia. ¿Y qué hicieron? Bebieron también las auras católicas, y derramaron igualmente las auras católicas de su ingenio en las estatuas y en los lienzos inefables; modelaron ángeles, crucifijos, vírgenes, mártires y apóstoles haciendo con ellas resplandecer la tierra con las espléndidas imágenes del Paraíso.

Roma, Sede de los Sumos Pontífices, viene á ser una Academia de artistas. Nicolás V, Inocencio VIII, Julio II y León X los llaman cerca de su persona; así como se rodean de sacerdotes, se circundan también de pintores y escultores. Por comisión papal, Mantegna emprende las pinturas del Belvedere: Leonardo da Vinci pinta la Sagrada familia, poseída ahora por el museo principal de San Petersburgo; Sansovino acaba los cuatro bajo relieves en la Capilla de Ntra. Sra. de Loreto; Miguel Angel, que no se somete al ceremonial de la corte por pertenecer á la familia del Papa, pinta el juicio y levanta el coloso de su Moisés. Bramante presenta al joven Rafael al Pontífice; y cuando descubre las maravillas de su pincel, quiere que domine á todos los demás, encargándole las pinturas de las cámaras del Vaticano. Lo mismo hace Julio II. Cuando el pobre Rafael, en medio de sus glorias artísticas muere, y se celebran sus funerales en Roma, el Papa León X vá como si fuera uno de la turba á rezar cerca del féretro del sumo pintor, no sabiendo separarse de allí, si ántes no besa la mano de la cual poco ántes salía el portento de la Transfiguración. Y ¿todavía se atreverá la impiedad á insultar á la Iglesia llamándola enemiga de la civilización y del progreso?

Pasemos adelante. Ya que nuestro siglo tanto se gloria en los descubrimientos físicos, interroguemos por un momento á la Historia para que nos diga si bajo la influencia del Cristianismo en Italia se ha cortado el vuelo á estas felices inspiraciones ¿Qué nos responde? Abriéndonos majestuosamente sus páginas inmortales, nos muestra en una de ellas un grupo de notables personajes. Leedla. “Flavio Gioia, dice, inventa la brújula; Francisco Barocci halla el modo de fijar los grados de longitud y latitud; Camilo Delmino halla el uso del alfabeto marino; Viviani, Castelli y Fossombroni, con otros grandes, estudiando el curso de los rios, inventan y perfeccionan la “hidrodinámica;” Cár-

los Borgo inventa la cifra parlante y nos dá el telégrafo; los Bresciani inventan las bombardas; Nicolás Tartaglia encuentra el cuadrante para señalar los grados al apuntar los artilleros sus cañones; Marchi hace invenciones estupendas en la arquitectura militar "Preguntadle ahora á la Historia ¿de qué Patria son? y ella os responderá: Son italianos, y bajo la sombra de la Iglesia dieron vuelo á esas felices inspiraciones.

En otra página nos señala otro grupo de personajes insignes. Leedla. "Francisco Lana dice, inventa la barca volante y anticipase así á los globos aereostáticos de Mongolfier; Guido Aretino nos dá un nuevo mecanismo de la escala musical; Francisco Niguelli inventa el timbal "omnicorde," Bartolomé Cristófori inventa el piano; Benedicto de Siena halla los primeros elementos de la imprenta; Guillermo Selandino y Jacobo Don-di, inventan el relox de las torres para uso público." Preguntadle á la Historia: ¿de qué patria son? y ella os responderá: son italianos y bajo la sombra de la Iglesia dieron vuelo á esas felices inspiraciones.

En seguida os indica otra página en que aparecen nombres noménos brillantes. Leedla. "Evangelista Torricelli, dice, descubre el peso del aire; Vesalio, Fallopio y Eustaquio fundan la ciencia de Fisiología animal; Luis Galvani halla una nueva teoría sobre la electricidad de los cuerpos; Alejandro Volta inventa la pila que lleva su nombre; Vallisneri descubre el verdadero origen de las fuentes; el Dr. Bellengeri, antes que Sir Carlos Bell descubre una doble série de nervios en el tejido humano: una para la sensación y otra para el movimiento. "Preguntadle tambien á la Historia: ¿de qué Patria son? y ella os responderá: Son italianos, y bajo la sombra de la Iglesia dieron vuelo á esas felices inspiraciones. Y para no cansaros, dirijid una última mirada á esos otros nombres que con fulgores extraordinarios brillan tambien en sus páginas inmortales: Galileo, Cassini, Maraldi, Schiapparelli y el ilustre P. Secchi. Son italianos, y bajo la sombra de la Igle-

sia hicieron grandes descubrimientos en el orden matemático y astronómico. Pero ¡ah! aquí la impiedad levantando su voz parece que nos dice: acabais de nombrar á Galileo. ¿Pues qué, no fué perseguido en sus descubrimientos por la Iglesia Católica? ¿No fué cruelmente torturado? Ni lo uno ni lo otro, le responderemos con firmeza con el Cardenal Alimonda. (1)

Galileo antes de que viera levantarse en Roma la señal de la contradicción, antes de que sufriese ninguna condena, contaba ya setenta años; habia, pues, podido tranquilamente, aun con la amistad y concurrencia de sacerdotes, de frailes y de obispos penetrar en las interioridades de la literatura italiana, griega y latina, estudiar con éxito la pintura y la música, hacerse grande en la Filosofía, en la Geometría, en la Optica, en la Hidrostática, y como profesor de Astronomía, desempeñar su cátedra en las Universidades de Pisa y Florencia; habia podido inventar su péndulo, descubrir la ley del movimiento rectilíneo y aun del curvilíneo, ó sea, de los proyectiles; habia podido determinar las bases de la Mecánica, construir el termómetro, la pequeña balanza hidrostática, el compás de proporción, el microscopio y el telescopio y con esto descubrir algunas estrellas, las manchas del Sol, las fases de Marte y de Venus; habia podido imprimir libros de ciencias maravillosos y tejer en suma la diadema de su gloria inefable. Ahora bien; por ninguno de tales estudios, y por ninguno de tales descubrimientos habia sido llamado á Roma con el fin de que respondiera; por el contrario, cuando fué á Roma y reveló sus descubrimientos, fué altamente honrado, y el Cardenal Barberini escribió poemas relativos á él en su estilo más noble. La Iglesia, por lo tanto, en Galileo no persiguió al génio descubridor de las verdades físicas.

Empero ¿en dónde dejamos á Galileo descubridor del movimiento de la tierra en torno del sol, y por esto reprobado en Roma? Mentira; no fué Galileo el des-

[1] Obra citada, pág. 255.

cubridor del movimiento de la tierra; tal hermoso descubrimiento ya estaba realizado dos mil cuatrocientos años antes de que naciera. El griego Filolao y los sacerdotes egipcios enseñabanlo á sus discípulos; tres siglos depues, dos mil cien años antes de Galileo, Pitágoras y sus discípulos griegos, sicilianos y latinos, como tambien Arquímedes y Cicerón despues, llenaban con aquel grito Africa, Asia y Europa. Y viniendo á los días de Galileo, la rotación de la tierra en torno del sol era predicada en la misma Roma por Copérnico, con aplauso de los Papas que le querian catedrático de aquella Universidad, Tratábase, por lo tanto, de una cosa que no era nueva para los doctos. Ahora bien, á fin de aplicar verdaderamente lo nuevo en esta parte, era preciso probar la teoría relativamente al movimiento de la tierra, que se habia anunciado en muchas edades, pero siempre faltaban pruebas. El mismo Galileo no podía darlas. Seguro de su descubrimiento de las manchas solares, procuraba con ahinco inferir de ahí el movimiento de rotación eclíptico de la tierra; encomiado por pocos, lograba las burlas de los eruditos y aun la reprensión de sus cultos amigos. Entonces, á fin de hallar la prueba necesaria, defendia un error; del flujo y reflujo del mar, queria inferir el movimiento orbicular y zodiacal que la tierra posee. En tal error era tan pertináz que maravillábase grandemente y le censuraba su amigo Kepler que atribuía el flujo y reflujo del mar á la influencia de la luna. En tal virtud, observa Lalande, que ninguna prueba real y satisfactoria se tenia entonces del ventilado sistema astronómico, lo cual no se consiguió hasta varios años despues.

¿Por qué fué, pues, Galileo condenado en Roma? En breves palabras diremos, (1) que en el fondo este filósofo no fué condenado por *buen astrónomo* sino por *mal teólogo*, pues habia querido mezclarse en explicar la Biblia, lo que sólo compete á la autoridad de la Igle-

[1] Cosmografía por Enrique M. Cappelletti, pág. 82 not. 1ª

sia, sosteniendo que eran falsas en su sentido propio las palabras de Josué: ¡Sol detente! De modo que si Galileo persistiendo en su opinión hubiese defendido como hipótesis el movimiento de la tierra, como lo habia hecho Copérnico, sin entrar en discusiones de hermenéutica que no le pertenecían, el Tribunal de la Inquisición no habría tomado parte en este asunto. En efecto, sabemos por la historia que antes de publicar en Florencia sus Diálogos, habiendo tenido una conferencia con el Cardenal Belarmino, éste le aconsejó é insistió mucho, en nombre de la Santa Sede, en que no hablase más de la pretendida armonía entre la Biblia y Copérnico, sin que por esto renunciara á ninguna hipótesis astronómica. Pero Galileo persistió, á fin de que la Iglesia abrazara un sistema no demostrable y contradictorio á lo literal de las Sagradas Escrituras, y constreñía las Escrituras dentro de los confines de su teoría, más bien que ésta dentro del sentido admitido de las Sagradas Escrituras. Considerando los tiempos en que sucedió esto, dice el Cardenal Wiseman, [1] y el cuidado con que se vigilaba relativamente á las innovaciones religiosas (aquí no se trataba de un dogma católico, pero estaba envuelta en ello la verdad de las Escrituras) no debe maravillarse que una persona que así patrocinaba una teoría que no podia demostrar, condenada fuese al silencio. Galileo entonces escribió una obra mordacísima mostrando su desprecio á la sentencia, y á esto siguió la condenación, no de la Iglesia, sino de un Tribunal particular cuyo modo de proceder fué combatido con injusta exageración. Por consiguiente, Galileo no fué nunca conturbado por ninguna cosa de las que hizo, ni por ninguno de sus descubrimientos científicos, sino sencillamente por el modo de defender una opinión que en esa época, no pasaba de ser una hipótesis, pues no habia razones que la demostrasen y las que aducía Galileo eran falsas. Sin embargo,

[1] Discurso sobre la influencia del Catolicismo.

para que se vea cuán falso es que la Iglesia se haya opuesto á ese descubrimiento, el año mismo que vió la condenación de Galileo la corte romana, no dejó medio alguno para que fuera á la Universidad de Bolonia el famoso Kepler, el cual no solamente habia abrazado la opinión de Galileo sobre el movimiento de la tierra, sino que daba además un firme apoyo á esa opinión por la autoridad de sus inmortales descubrimientos. Además, refiere Rohzbarcher, y Tiraboschi ha demostrado en tres interesantes disertaciones, que los Soberanos Pontífices, léjos de retardar el conocimiento del verdadero sistema del mundo, al contrario, lo han favorecido grandemente, y que durante dos siglos enteros, tres Papas y tres Cardenales sucesivamente sostuvieron, animaron y recompensaron, no solamente á Copérnico, sino también á diferentes astrónomos, sus precursores, más ó menos felices que Galileo. De manera que “á la Iglesia Romana, son sus palabras, se debe en gran parte el verdadero conocimiento del sistema del mundo.”

En cuanto á las torturas que tanto decantan los incrédulos que sufrió Galileo, nada dirémos, pues él mismo desmiente esta calumnia en una carta que escribió al famoso Padre Ranieri, discípulo suyo, y que puede verse íntegra en la exquisita Obra del P. Mendive, titulada: “La Religión Católica vindicada de las imposuras racionalistas,” pág. 267.

En vista de esto, ¿tendrá todavía valor la impiedad para mentir con tanto descaró? ¿Se atreverá á seguir insultando á la Iglesia llamándola enemiga de la civilización y del progreso?

Si áun todavía se atreviese á dirigirle estos insultos, bastaría para acabarla de confundir señalarle el Vaticano. En ninguna época, por cierto, podría la Iglesia dar ménos pruebas de su ardiente celo por difundir la verdadera civilización, que en la época presente, en que la impiedad la ha despojado de todos los elementos necesarios. Sin embargo, en medio del estruendo de las

olas que sin cesar levanta en torno suyo, en medio del continuo crujir de las cadenas con que intenta detener su gloriosa y triunfante marcha, se oye la voz del gran Pontífice Leon XIII que desde lo alto del Vaticano dice á todas las naciones: “Mirad, no se ha borrado de la frente de la Iglesia el lema divino que ha brillado siempre en ella con fulgores celestiales: *Soy la Madre de la verdadera civilización* y del progreso. Por lo mismo, á mi voz, marchad, marchad sin miedo por esas hermosas sendas que abro á vuestros ojos.” Y á la verdad, la breve historia de su glorioso Pontificado, ofrece tantos triunfos de la Iglesia en pro de la civilización, cuantas son sus brillantes páginas. Apenas sube al sólio Pontificio, cuando comienza á asombrar al mundo con sus admirables Encíclicas. Son un torrente de elocuencia que se desborda bajo los rayos de la más alta y sublime Filosofía. ¡Qué conocimiento tan profundo revelan de la época actual y de sus necesidades! ¡Qué tacto tan exquisito para tocar todas las llagas de la sociedad y curarlas! ¡Qué admirable consorcio de dulzura y de firmeza cuando habla á los Soberanos y á los Pueblos! ¡Qué ardiente deseo del bien y qué inagotable caridad! Nada de esto es extraño para quien posee como él, una inteligencia tan grande y un corazón tan noble.

No parece sino que en su pecho se ha venido á albergar todo el celo que abrazara á sus ilustres Predecesores por difundir la verdadera civilización, y hacer florecer las ciencias en el campo de la Iglesia. Él ha emprendido la obra gigantesca de restaurar la Filosofía cristiana, segun el espíritu de Santo Tomás. Él ha dado á la Literatura poderoso impulso, colocando en alto honor el estudio de los clásicos griegos y romanos. Él ha dado á la Astronomía, Física y Química extraordinario vuelo, dotándolas de un excelente observatorio en el alcázar de su misma prisión, y de un magnífico Gabinete en la Universidad de la Propagación de la fé. Y para que nada faltase á esta grande O-

bra civilizadora, funda la Academia romana de Sto. Tomás; establece en la Biblioteca Vaticana las cátedras de Paleografía, Historia comparada y Filosofía de la Historia; pone á disposición de todos los sábios los grandes tesoros científicos que allí se encierran para que ilustren la verdad en fuentes puras y abundantes. y recompensa el mérito científico, honrando con la púrpura cardenalicia á los ilustres sábios: Pecci, Zigliara, Hergenroether y Mazzela. Esto es por lo que hace á Roma. ¿Qué diremos de tantas otras obras de verdadera civilización que su celo infatigable ha planteado en las demás Naciones?

Los gloriosos hechos de su Pontificado, en circunstancias tan desfavorables, vienen á completar ese cántico hermosísimo que con elocuente voz entonan al través de todos los siglos y de todos los pueblos los monumentos que han recibido el soplo de la civilización, proclamando á la Iglesia "La verdadera civilizadora de las Naciones."

Por lo mismo, venerables hermanos é hijos muy amados en Jesucristo, ya podréis comprender por todo lo expuesto, á quién corresponden propiamente los epítetos de "fanatismo" oscurantismo y retroceso que sin cesar atruenan nuestros oídos. No es á la Iglesia, no. Es á la impiedad á quien pertenecen legítimamente como frutos de su cosecha. El inmortal Pío IX bajo cuya sombra en vano intentan refugiarse los sectarios, pues que debían recordar que fué siempre para ellos el martillo que les descargó rudos y certeros golpes, condenó en el "Syllabus" la siguiente proposición:

"El Romano Pontífice puede y debe reconciliarse y ponerse de acuerdo con el progreso, con la libertad y con la civilización moderna;" "por lo mismo la contradictoria será la verdadera:" "No hay reconciliación posible entre la Iglesia y las ideas modernas de progreso, de liberalismo y de civilización." Mas ¿cuál es la civilización que el Papa condena? No es, por cierto, la que tiene por objeto perfeccionar al hombre bajo el triple respecto que

hemos indicado, y con la debida subordinación entre sí. No; á esta civilización la Iglesia le abre los brazos y la prohija con indecible ternura. La civilización que Él condena es la que la impiedad pregona, y que en último análisis no tiene otra mira que destruir el Cristianismo, y con él, todos los bienes de que nos ha enriquecido. Esta civilización, no obstante los pomposos títulos con que se engalana, no es otra cosa que un verdadero fanatismo, oscurantismo y retroceso; porque además de esa exaltación viva del ánimo que siempre la acompaña, en el fondo no se compone que de opiniones falsas ó exageradas. Ella destierra de sus dominios á Dios y á la revelación, y con esto apaga el brillo del progreso intelectual. Roba al hombre las esperanzas de la vida futura, y con esto marchita y esteriliza el progreso moral. Rompe, finalmente, todos los diques á las pasiones, y con esto precipita á la sociedad á los más deplorables excesos, dejándola sumergida en aquel lastimoso estado de donde la vino á sacar el Cristianismo. ¿Y esto no es caer en un verdadero fanatismo, oscurantismo y retroceso?

Gracias, pues, mil y mil, debemos dar á Dios Ntro. Sr. porque nos hallamos en el seno de la Iglesia Católica en donde se encuentran todos los bienes que forman la verdadera civilización más grande y más perfecta. Jamás abandoneis su dulce regazo, aun cuando lleguen á vuestros oídos las seductoras voces de las Sociedades secretas. Ellas os dirán: venid á nuestro seno; nuestro fin no es otro que ejercer la beneficencia y reunirnos para auxiliarnos. "Hijos míos, responde á esto el P. Franco; habréis oído muchas veces esta réplica, como la he oído yo; medítadla, empero, un instante. ¿Os parece posible que á la luz del cristianismo, en el seno de la sociedad católica, sea necesario esconderse y reunirse con secretos juramentos, sólo para hacer bien al prójimo, amarse y protegerse mutuamente? ¿Ha prohibido la Iglesia la caridad, ó por el contrario, la quiere y la recomienda, constituyendo

el asunto de sus predicaciones sempiternas? ¿Ha existido acaso algun Gobierno que haya vedado á los hombres amarse y protegerse, para que sea preciso hacerlo á escondidas? ¿A quién persuadirán tales extrañezas?" Por beneficio de Dios, la Iglesia iluminada por el Espíritu Santo, no ignora cuál sea el verdadero espíritu de esas sectas; lo sabe perfectamente bien, y su juicio está plenamente confirmado con el proceso riguroso, exacto y completo que ha formado sobre ellas. Por esto las reprueba y las condena con perfecto conocimiento de causa. Guardaos, pues, de sus astucias. No tengais otra norma de pensar y de obrar que la de la Iglesia Católica, nuestra tierna Madre. Por nuestra parte, no cesaremos de daros todas las instrucciones que creyéremos oportunas, y entretanto, recibid como prenda de nuestro amor, la bendición episcopal que os damos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Dada en nuestro Palacio episcopal de Chilapa, el siete de Octubre de 1891.

† **Ramón,**  
Obispo de Chilapa.

Por mandato de S. S. I.

**Pedro M. Moctezuma.**  
Srio.

Esta Carta Pastoral se leerá inter *Missarum solemnia*, en Ntra. Sta. Iglesia Catedral, y en todas las Parroquias y demás Templos de Ntra. Diócesis, el Domingo siguiente ó primer día festivo despues de haberla recibido; y podrá dividirse su lectura en varios días, á juicio de los respectivos párrocos.

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS



UAN

DAD AUTÓNOMA DE NUEVO

CIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA



00